

Francisco Joaquín Cortés García Profesor de la Universidad de Almería



EL ESTADO ESTACIONARIO

Llevamos más de dos siglos pensando que progreso económico es sinónimo de crecimiento, de rodearnos del mayor número posible de objetos materiales, de producir cada vez más y con más utilidades. Seguimos pensando que el hombre no tiene límite de saturación en cuanto a sus necesidades, que es capaz de seguir disfrutando de forma ilimitada en este entorno material opulento. Ya no se produce lo que se necesita, sino que se necesita lo que se produce. Los departamentos de I+D de las empresas dedican ingentes cantidades de recursos a crear nuevas necesidades para un consumidor cada vez más indefenso y con menos capacidad de discernimiento a la hora de conformar sus preferencias.

Las denominadas economías desarrolladas seguimos pensando y seguimos comportándonos como si viviéramos en una economía de frontera, la economía del cow boy de la que habla Kenneth E. Boulding, en la que los recursos naturales son ilimitados, y el hombre tan sólo tiene que apropiarse simplemente de ellos.

Seguimos pensando que el marketing tiene la capacidad suficiente como para seguir incrementando de forma ilimitada la creación de necesidades y de preferencias, de programar la obsolescencia de los productos de forma sistemática, de decidir qué es lo cool, de convertir al hombre en un ser anhedónico que ya no disfruta de los bienes que utiliza, tan sólo de su consumo ininterrum-

pido. La máquina de producir de Marx/Smith tenía que encontrar una máquina de consumir con un acoplamiento perfecto, y la ha encontrado en el consumidor de nuestro tiempo. La concepción fetichista de la mercancía que Benjamin hallara en el París de los pasajes, se ha traducido en nuestros días en el fetiche del crecimiento del que habla Clive Hamilton.

**NO SÓLO EL
CAPITALISMO
IDENTIFICÓ
BIENESTAR Y
PRODUCCIÓN**

Los economistas ecológicos han rescatado de los economistas clásicos el concepto de estado estacionario, un estado sin crecimiento que para algunos es una hipótesis teórica, como para Ricardo, pero que, para otros, como es el caso de Mill, podría convertirse en una experiencia utópica, cívica y humanizadora en la que el hombre podrían alcanzar las mayores tasas de bienestar y felicidad. Una suerte de fin de la historia o de parusía fukuyamiana. Para los economistas clásicos sería el fin asintótico de la teoría de los rendimientos decrecientes (Ricardo), del crecimiento desmedido de la población (Malthus), de la caída tendencial de la tasa de ganancia (Marx) o de los beneficios del capital (Mill). El estado estacionario sería el fin de la economía.

Pero no solamente el capitalismo ha identificado bienestar con producción material. El pensamiento socialista clásico también fue esencialmente productivista: en esto Marx no traicionó al resto de economistas clásicos. De

hecho, Lenin definió el comunismo como el poder de los soviets más la electrificación.

Todos los gobiernos, los diseñadores de las políticas económicas, las empresas, etcétera, se plantean objetivos de crecimiento. El crecimiento está en todos los programas electorales, en todos los discursos políticos, en todos los planes estratégicos de las empresas. Nadie quiere renunciar al crecimiento porque éste se asocia a bienestar. El estado estacionario sigue siendo demonizado por el inconsciente colectivo, mientras crece la huella ecológica de los países desarrollados y la explotación de los países opulentos sobre los países empobrecidos, mientras que se esquilman los recursos naturales, mientras se hace imparable el proceso de contaminación de los suelos, de los ríos y del mar, mientras se acelera el calentamiento global, mientras que el ciudadano queda totalmente alienado, infeliz e insatisfecho, y mientras se banaliza el concepto de ciudadanía al ligarlo exclusivamente al mercado.